

Hoja Dominical

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

AÑO
XVIII

Redacción y Administración
PP. Capuchinos, Cartago.

5 ejemplares semanales
© 7.00 al año.

50 ejemplares semanales
© 1.25 cada semana.

Nº.
817

SANTORAL

Dom. 14 I de Cuaresma. San Valentín pbro., Cirilo ob., Vidal y Zenón mártires.

CUARTO CRECIENTE a las 12, 56 p. m.

Lun. 15 Santos Faustino y Jovita mártires, Gundio y Decaroso obispos.

Mart. 16 Santos Julián, Juliana, Samuel y Daniel mártires.

Miérc. 17 Santos Alejo, Faustino y Teodulo. (*Témporas*).
Ayuno sin abstinencia.

Juev. 18 San Simeón obispo y los mrs. Máximo, Claudio y Lucio.

Viern. 19 San Gabino mártir y Mansueto obispo. *Ayuno con abstinencia.*

Sáb. 20 San Eleuterio obispo y los mártires Potamio y Nemesio. (*Témporas*).

CORTE DE LA DIVINA PASTORA

El sábado día 20, corresponde obsequiar a la Divina Pastora de las almas, con los cultos correspondientes al Coro 4 de que es Celadora la Srta. Claudia Céspedes V.—María Santísima es: «Misericordia descendida copiosamente sobre la tierra; término de nuestras desventuras; gozo que premia nuestras lágrimas; luz que disipa las tinieblas, día que viene después de la larga noche». (*Liturgia eclesiástica ant.*)

Domingo I de Cuaresma

Evangelio según San Mateo—Cap. IV, vs. 1-11

En aquel tiempo fué Jesús conducido del Espíritu Santo al desierto, para que fuese tentado allí por el diablo. Y después de haber ayunado cuarenta días con cuarenta noches, tuvo hambre. Entonces, acercándose el tentador, le dijo: Si eres el Hijo de Dios, dí que esas piedras se conviertan en panes. Mas Jesús le respondió: Escrito está: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra o disposición que sale de la boca de Dios. Después de esto le transportó el diablo a la santa ciudad de Jerusalén, y le puso sobre lo alto del Templo. Y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo; pues está escrito: Que te ha encomendado a sus ángeles, los cuales te tomarán en las palmas de sus manos, para que tu pie no tropiece contra alguna piedra. Replicóle Jesús. También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios. Todavía le subió el diablo a un monte muy encumbrado, y mostróle todos los reinos del mundo y la gloria de ellos. Y le dijo: Todas estas cosas te daré, si, postrándote delante de mí, me adorares. Respondióle entonces Jesús: Apártate de ahí, Satanás; porque está escrito: Adorarás al Señor Dios tuyo, y a él sólo servirás. Con eso le dejó el diablo; y he aquí que se acercaron los ángeles y le servían.

Aplicación moral

La triple tentación de Jesús en el desierto tiene significación mucho más profunda de lo que vulgarmente suele pensarse. Muchos reparan solamente en el hecho, admirable sin duda, de que el Hijo de Dios fuese tentado por el demonio. Mas no es esto lo principal. Lo más importante es que Jesús fué tentado precisamente en calidad de Hijo de Dios, que venía a este mundo a establecer en él el reino de su Padre, y era tentado por el príncipe mismo de este mundo, que poseía entonces pacíficamente su dominio. Consideremos, pues, desde este punto de vista las tentaciones de Jesús.

Satanás, pues él en persona vino a tentar al Salvador, sospechaba que Jesús era algo más que hombre, y que venía a restaurar en la tierra el reino arruinado de Dios; y con su natural perspicacia entendió, o por lo menos barruntó, que Jesús iba a ser el Mesías prometido a los Judíos. ¿Cómo es-

torbar que Jesús realizase esos planes? ¿Cómo conseguir, si era posible, atraerle a su partido, y hacer del Enviado de Dios un agente suyo? Para alcanzarlo, el medio más eficaz le pareció hacer entrar a Jesús en la corriente de las preocupaciones mesiánicas, todas mundanas y carnales, que por entonces trastornaban a los Judíos. Si esto lograba, nunca Jesús restauraría el reino de Dios, antes bien afianzaría el imperio de Satanás.

Con estos pensamientos se presentó a Jesús, después del ayuno de los cuarenta días.

La primera ilusión mesiánica de los Judíos era la de los bienes terrenos: la de comer y beber y holgar, subordinando a esto la religión y culto de Dios. Por este lado inició Satanás sus ataques. Señalando con el dedo una de las piedras que por ahí había, dijo a Jesús: «Si eres el Hijo de Dios, dí que esa piedra se convierta en pan». Como si

dijera: Tú, que pareces ser el Mesías y vienes a establecer el reino de Dios, reino que ha de ser de prosperidad y abundancia: tú ¿andas medio muerto de hambre? Emplea en tu provecho este poder que tienes, y remedia la necesidad que padeces. Sutil era la tentación, certero el ataque; pero Jesús lo deshizo con una sola palabra: «No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios». Como diciendo: Prosperidad y abundancia llevará consigo el reino de Dios; pero será prosperidad que venga de su mano, y abundancia que dependa de su palabra y providencia: así que no hay para que yo me preocupe de esas cosas: Dios cuidará.

El honor es más poderoso que el hambre en los corazones generosos. Además soñaban los Judíos en que su esperado Mesías aparecería de repente, como llovido del cielo. Por este otro lado dirigió Satanás su nuevo ataque. Toma al Señor y lo lleva al pináculo del templo, esto es, según parece, a uno de los aleros o salientes de las cornisas que rodeaban los pórticos del templo y caían sobre los atrios interiores o sobre las profundidades del torrente Cedrón. Desde allí dice a Jesús: «Si eres el Hijo de Dios, échate de aquí abajo. No temas: que los Angeles te recibirán en las palmas de las manos. Y el pueblo, visto el prodigio, reconocerá en ti al Mesías que espera del cielo». Con otra palabra de la Escritura rechazó Jesús la temeraria propuesta de Satanás: «No tentarás al Señor Dios tuyo». Como quien dice: ¿Qué necesidad hay de obligar a Dios a que me socorra con un milagro? Esto sería tentarle manifiestamente: y tentar a Dios lo veda el mismo Señor en la Escritura.

REFLEXIONES CUARESMALES

Es menester orar.—Este es el fin mismo de la creación, y todo ora en la naturaleza, en cielos y tierra: todo ora de amor y agradecimiento; ¿sólo el hombre permanecería mudo en medio de este concierto universal, él que de tantos beneficios ha sido colmado, el único que puede llamar a Dios Padre suyo?

Es menester orar: esta es la condición para la gracia, condición es decir, necesaria, indispensable, y revelada por Dios mismo: *Petite et accipietis* (Joan. XVI, 24); pedid y recibiréis. ¡Condición a la vez tan fácil y tan dulce, tan eficaz y tan segura! ¿Qué cosa es más fácil para el que llora, que lamentarse y gemir? ¿qué cosa más fácil para el pobre, que pedir? Pues bien, oráis cuando dirigís a Dios vuestros suspiros, cuando confiáis a vuestro Padre las necesidades y los deseos de vuestro corazón. Y este gran Dios, este Padre tan bueno y compasivo ha prometido atendernos; a ello se ha obligado de viva voz y por escrito, hasta con juramento; pues ha jurado concedernos cuanto le pidiéremos. «En verdad os digo, si creéis, si tenéis fe, recibiréis cuanto pidiereis».

Es menester orar; pero ¿cómo? Con humildad, puesto que habláis con este gran Dios, siendo vos un hijo de la tierra; mas con confianza a la vez y sobre todo, puesto que sois hijo suyo. El mismo reveló que la oración del corazón humilde atravesaría las nubes, y que siempre le otorgaría su gracia; al paso que resistiría a los orgullosos y soberbios, a quienes sólo conoce de lejos.

Es menester orar; y ¡cuántos hombres ¡ay! y aun cristianos descuidan y hasta omiten el cumplimiento de deber tan importante! No hablo solamente de las oraciones que un hijo de Dios no quisiera jamás dejar de ofrecer al cielo cada día, por la mañana y por la noche, sino del sacrificio augusto de la Misa, a la que, por orden superior de la Iglesia, están obligados a asistir, bajo pena de pecado mortal, todos sus hijos; sanción terrible, que por sí sola basta a hacernos comprender la importancia del sagrado precepto. Mas, a pesar de este formal pre-

cepto y amenaza, hay todavía multitud de hijos infieles que niegan a Dios este homenaje, perdiendo así las gracias más copiosas que les hubiera infaliblemente merecido la sangre del Cordero. En el altar santo no rogamos solos, sino con Jesucristo, en Jesucristo y por Jesucristo: y la oración de esta gran Víctima será siempre atendida, como lo fué en el Calvario.

Es menester orar. Con dolor haré esta sola observación: ¡Cuán raras son en el día las familias, en las cuales se hacen en común las oraciones de la noche por lo menos! ¡Sería tan bello, sería tan dulce esto! El padre hallaría en ello un inmenso consuelo, y un delicioso descanso después de las fatigas cotidianas; y la madre, que tal vez habrá llorado mucho, recobrará en este santo ejercicio fortaleza y esperanza, ánimo y confianza. Es imposible que no escuche Dios la voz de los niños que oran con sus padres; los padres aun cuando fuesen incrédulos o indiferentes, serían oídos, y Dios les bendeciría, concediéndoles, cuando menos, los bienes y riquezas de la tierra, aguardando a que pudieran llegar más tarde las gracias mucho más preciosas del cielo y de la eternidad. Resumámoslo todo en una palabra: Para una familia, faltar a Misa los domingos y fiestas de precepto, es el pecado de escándalo que la arruina y la mata; faltar a la oración en común es cuando menos una especie de indiferencia que aleja de ella las bendiciones del Señor más dulces y copiosas.

Es menester trabajar.—Bueno es orar; mejor es todavía trabajar, si el hombre, si el cristiano ofrece a Dios su trabajo, si trabaja para su gloria y por su amor y para cumplir su ley santa, que es ley divina la del trabajo y es la primera penitencia por el pecado. Encierra gran dignidad y dicha verdadera el trabajo de esta suerte santificado, con intención pura y recta: es entonces acto sobrenatural y meritorio. San Agustín lo expresó con una frase célebre, juego de palabras precioso, del cual se ha muchas veces abusado por ignorancia...; pero lleno de verdad para el hombre de fe y el cristiano fervoroso: *Qui laborat, orat*; quien trabaja, ora. Esta frase sublime, imposible de ser bien traducida en francés y de ser expresada con gracia en lengua alguna, es verdadera si se trabaja para gloria y por amor de Dios, para agradecerle, en unión con Jesucristo; y no es raro sin embargo oír a hombres que abusan de esta expresión para justificar un trabajo culpable, condenado por la ley misma del Señor, el trabajo en la fiesta.

Diré sólo una palabra sobre el desprecio de esta ley: Este trabajo prohibido es uno de los mayores ultrajes que puedan hacerse a Dios, al Criador y dueño omnipotente de cielo y tierra, sobre todo si la violación de su ley va además acompañada del pecado de escándalo, ¡y es tan raro el poder evitarlo! Es Dios infinitamente paciente, pero no aguarda la eternidad, sin embargo, para vengarse del impío que así públicamente osa burlarse de sus sagrados preceptos. Los ejemplos más patentes de su justicia, los castigos que hace caer comunmente sobre los culpables, las singulares bendiciones que derrama en las familias que observan fielmente esta ley santa del descanso en días festivos, atestiguan diariamente que hay en el cielo un Dios que habló y está empeñado en que se respete su ley.

Es menester sufrir.—Esta es la tercera condición para ir al cielo. Bueno es orar; mejor todavía, en cierto sentido, es trabajar; pero mucho mejor es sufrir; es lo más perfecto que hay, pues es en nosotros verdaderamente una acción *divina*. Basta que el hombre se someta para cooperar, en aquel momento, a la gracia del cielo, y entonces, no sólo anda con seguridad por el camino que debe llevarle a la felicidad, sino que corre hacia ella con ardor, en expresión del Apóstol y no puede dejar de llegar pronto al término de todas las pruebas de la vida. En el sufrimiento y el dolor oran fervorosamente el

hombre y el cristiano, y trabajan con amor y esperanza; pues bien, la medida de la gloria eterna y del mérito verdadero a los ojos de Dios, será precisamente la medida o proporción de los padecimientos en la vida del tiempo; a cada hora de pena corresponden siglos eternos de dicha. P. A. L.

LAS MUJERES EN LA CIUDAD DEL BIEN Y EN LA CIUDAD DEL MAL

La mujer en la ciudad del bien es un sér digno de respeto, de amor y de cariño, fuente de purísimos consuelos y tesoro de virtudes.

Hija, esposa o madre, Dios la echó al mundo para colmarla de bendiciones. Le dió unas manos delicadas sin rival para las labores y aseo de la casa, un cuidado y diligencia de pormenores admirable, y sobre todo una sensibilidad y paciencia sin igual para sufrir y amar a las personas queridas.

En la ciudad del bien, la mujer es como la luna en una noche estrellada, como campo de flores en mitad de la primavera.

Cuando niña es la alondra que canta en el nido, más tarde capullo de rosa entreabierto, luego esbelta palma o gracioso naranjo con sus racimos de dátiles o ramos de azahar y de naranjas. Meciendo la cuna o columpiando telares, barriendo la casa o guisando la comida, velando el sueño del enfermo o asistiendo a la agonía del moribundo, ¡qué hermosa es en la ciudad del bien esa hija de Dios y hermana de los ángeles, que no vive para sí sino para labrar la felicidad de los demás!

Pero sobre todo, ¡cuán digna de respeto aparece arrodillada delante del altar ofreciendo a Dios su belleza, su fortuna, su juventud y su vida!

La mujer vive del amor y del sacrificio. Si se lo arrancáis del alma, despojáis a las flores de su aroma: se deshojó la rosa, y cayeron sus hojas en el fango. La mujer que se ostenta en el teatro del mundo, en los sitios donde los hombres gozan y se divierten, es un ser vulgar que no inspira simpatías ni adoraciones; cuando sufre y ora, entonces circunda su frente un nimbo de gloria, entonces aparece rodeada de la aureola que merecen sus virtudes.

En el combate de la vida la mujer sostiene al hombre e impide con su sola presencia que éste se desvíe de la senda del deber. Enjuga las lágrimas de los suyos, y trabajará de noche, empeñará sus alhajas, mendigará de puerta en puerta para vestir a sus hijos o a su esposo, para darles un pedazo de pan.

Ella encuentra en su corazón abismos de humildad para no desdenarse de hacer por amor los oficios más abyectos y viles, y halla también tesoros de ternura para endulzar las penas de los desgraciados y convertir en rosas las espinas.

Todo esto y mucho más es la mujer en la ciudad del bien.

* * *

Mas ¡ay! ¿qué es la mujer en la ciudad del mal? Estrella del firmamento caída en un muladar, serpiente escondida entre la hierba, flor que en su cáliz esconde eficazísimo veneno.

Olvidada de sus obligaciones con Dios y con sus hijos, a cuya crianza no atiende, mal unida a su marido, altanera y sin pudor, vésele en reuniones de hombres desgarrados, arrogándose funciones y derechos que no le pertenecen. Su mirada insolente y provocativa, su ejercicio de montar a caballo o en bicicleta, su traje medio hombruno y sus costumbres semi-foreras, indican que esa mujer emancipada, mala esposa y peor madre, ha echado gruesos callos en el alma y tiene petrificado el corazón.

El día que estalle la revolución subirá a las barricadas, y como discípula de Luisa Michel, como furiosa bacante de la *Commune*, arengará a las turbas y disputará a Dios mismo sus derechos.

No habléis a la mujer de la ciudad del mal del manejo del huso y de la aguja, ni de las deli-

cias del hogar: no os comprenderá; habladle de perros y caballos, de látigos y cacerías, de toros y de esgrima; de la mujer libre, del matrimonio libre, del amor libre; eso lo comprende al dedillo, y es maestra en el arte y encargada tal vez por las secetas de formar a otras jóvenes en su escuela.

¡Desdichadas! ¿Qué han de aprender al lado de tan insigne modelo? ¿Adónde irán a parar siguiendo ese camino? A la galera o al hospital. Cuando las arrugas hayan surcado su frente o las canas acusen una edad algo averiada, el mundo que las aduló será el primero en darles un puntapié y arrojarlas al foso de la ciudad del mal.

EL SOL Y EL RELOJ

Lo confieso: esta doctrina suena mal en los oídos modernos. Contradice el espíritu de todas las constituciones que rigen a los pueblos de nuestros días. Está en flagrante contradicción con las fórmulas del liberalismo, rey del día! Y más aún, en general la vida práctica está en desacuerdo con ella. Poco importa. Un principio, si es verdadero, no tiene por qué doblegarse a la práctica: es la práctica la que debe ajustarse al principio. ¿Se regula el sol por el reloj o es el reloj el que se regula por el sol?

Toda discrepancia entre el reloj y el sol se achaca siempre al reloj, jamás al sol. El único que hay que arreglar es el reloj. Para nosotros el sol es la verdad católica; el reloj, nuestra conciencia. Por consiguiente, la vida práctica debe regirse por la verdad divina: y esto siempre, para todo y en todo.

El observatorio del Vaticano nos informa que es ya muy tarde. No tenemos derecho de estarnos mano sobre mano aguardando a que todos los relojes, cronómetros y péndulos de los ayuntamientos, de las escuelas, de las fábricas, se pongan en hora con el sol de la eterna verdad. Poco importa el fracaso o el éxito! Trabajamos por deber, no por cálculo, ni a guisa de sport católico.

Extender al mundo entero la soberanía espiritual de la Iglesia, no es, bien lo sé, obra de un día; ni puede lograrse por la violencia. Sé que antes que nada es obra de la gracia divina, de la oración y del buen ejemplo. Pero sé también que la renovación del mundo tiene que comenzar por la renovación de los espíritus. Cuantos se imaginen salvar al mundo por medio de sistemas de proyectos de reforma, ideados por la sabiduría y las fuerzas humanas, van descaminados y marchan de ilusión en ilusión, de fracaso en fracaso, para ir a parar en la suprema desesperación.

Doble deber: primero católicos convencidos, después apóstoles.—Hoy, como hace veinte siglos, sólo hay un medio de salvar al mundo: aceptar toda la verdad católica, sembrarla después en las almas, por medio de la pluma y la palabra, la exhortación y el ejemplo, hasta que llegue a germinar plenamente. Primero creer, después obrar como católicos: tener ante todo valor para meditar sobre el noveno artículo del Símbolo, «creo en la santa Iglesia Católica» fuera de la cual no hay salvación, después sacar todas las consecuencias, todas las exigencias prácticas de orden religioso público, político y social.

Pero la verdad no pide únicamente cerebros que la mediten. Necesita lenguas que la prediquen. Una vez penetrados íntimamente de nuestra sublime doctrina católica, debemos hacer de ella tema de nuestras conversaciones, con todos y en todas partes, aunque sea en un grupito de tres o cuatro. La verdad católica debe ser la guía de nuestras conversaciones. Así nos alentaremos mutuamente. Un piadoso convencimiento de que somos invencibles y una alegre confianza en la victoria, robustecerá nuestra acción, cuyo fin ha de ser enarbolar la Cruz en las almenas del porvenir. Ved a dónde se dirige la nueva cruzada, ved cuál ha de ser el fin de la juventud católica.

ROBERTO MADER

AL SANTO DE NUESTRA DEVOCION PARTICULAR

Cuando a los celestiales moradores,
Demandando favor, alzo el gemido,
A todos los invoco protectores
Y a todos clamo en suplicar rendido:
Pero aunque sé que todos bienhechores
Su favor me han de dar si se los pido,
Tú no obstante en mis súplicas perenes
Mi ardiente ruego sobre todos tienes.

Yo, Santo mío, la razón ignoro
De mi pura y celeste simpatía;
Sólo sé que te llamo y que te imploro
Con predilecto afán del alma mía:
Dios, cuyo juicio sacrosanto adoro,
Lo quiere en su eternal sabiduría,
Y pues así lo place disponello,
Señal es cierta de que gano en ello.



Vuelve propicio, pues, el rostro afable
A quien así sus preces te dirige,
Y así con ansia pura, inexplicable
Tu especial protección y amparo elige:
Dame cordura en el placer instable;
Dame consuelo si el dolor me aflige;
Dame tu auxilio, en fin, en todos casos,
Y guía siempre a la virtud mis pasos.

Tú mi refugio predilecto eres
Después de Dios y de su Madre Pía,
Y es bien ¡Oh Santo! que en velar te esmeres
Por quien así sus ansias te confía:
El favor y el amparo que me dieres
Gloria tuya han de ser no sólo mía:
¿Como negarme, pues, tu auxilio santo,
Cuando en ello los dos ganamos tanto?

LA HUMILDAD DE UN PRELADO

Del difunto Cardenal Cullen, arzobispo de Dublín, se cuentan edificantes anécdotas, que reflejan su celo apostólico y humildad ejemplares.

Una vez, en una noche terrible de tormenta, se recibió aviso en el palacio arzobispal de que un enfermo de gravedad pedía un sacerdote en un hotel de la ciudad cuyo propietario era protestante.

A pesar de la oscuridad, de la lluvia que caía copiosamente y del barro que llenaba las calles, salió a altas horas de la noche un ministro del Señor para asistir al moribundo que reclamaba los auxilios de la religión.

El sacerdote cumplió con su deber administrándole los últimos sacramentos y confortando su alma para el viaje a la eternidad. Terminando su cometido, el propietario le invitó a sentarse junto al brasero en su propio despacho.

El protestante creyó el momento oportuno para hacer proselitismo, y así, después de ofrecerle una reconfortante bebida, le dijo: «En realidad, Padre, se necesita valor y espíritu de sacrificio para andar por estas calles de Dublín con el tiempo que hace. Y pensar, añadió, en el orgullo y holgazanería de estos obispos y cardenales, no es esto monstruoso? De seguro que mientras el Cardenal Cullen le ha enviado a usted con esta lluvia y con este barro y con un tiempo tan horrible por las calles de la ciudad, él estará muy sentado junto al fuego, saboreando una copa de whisky.

—Me parece que le está usted calumniando—contestó, sin inmutarse, el sacerdote.

—¿Por qué?

—Porque tengo la seguridad de que no hace nada de lo que usted dice.

—Apostaría cualquier cosa a que es verdad lo que digo. ¿Tiene usted alguna razón para negarlo?

—Tengo la mejor de las razones. Usted no ha preguntado mi nombre, y seguramente no me conoce.

—No. ¿Cómo se llama usted?

—Me llamo Cullen. Soy el Cardenal Cullen.

Como movido por un resorte, el hotelero se puso en pie, consternado y balbuciente, intentando excusar su plancha. Perdóneme Su Eminencia. He obrado por ignorancia. ¿Aceptará un carruaje para su regreso?

—De ninguna manera. Puedo volverme de la misma manera que he venido. Estoy acostumbrado a esta clase de viajes».

Pocos días después, el hotelero pedía a un sacerdote que le instruyera en el catolicismo, y a no tardar era recibido dentro de la Iglesia Católica.

La práctica de la humildad fué la piedra de toque de que se sirvió el Señor para atraer aquella alma a la verdadera fe.

LA IGLESIA Y EL PROGRESO

Hay gente ignorante a quien no se le cae de la boca el tema, de la oposición de la Iglesia y del Clero, a todo progreso humano. Pero los hechos, diariamente se encargan de desmentir esa maligna interpretación.

Ayer era la inauguración de una potente y perfeccionadísima estación radiofusora en la ciudad del Vaticano; luego las pruebas de telefotografía con aparato Belin, y hoy la aplicación de la electricidad al toque de las campanas de la Basílica de San Pedro.

La campana grande de la Basílica de San Pedro ha dejado de dar sus toques característicos. También el campanillo ha sido reducido al silencio. Las dos campanas, la primera de las cuales tiene un diámetro de 2,30 metros y pesa 28 mil libras, sin el badajo, bien merece un reposo después de tantos años de actividad ininterrumpida.

También la otra campana pequeña, llamada de la Rota y del Sermón, será en breve desmontada.

Pero no se crea que todo esto obedece al deseo de que enmudezcan esas campanas, sino al propósito de que pueda verificarse el toque de las mismas con toda comodidad y con menores dispendios.

La Reverenda Junta de la Fábrica de San Pedro ha decidido sustituir el primitivo sistema de sonidos con otro más moderno de electricidad. Así también la campana del más grande templo de la Cristiandad será puesta en acción mediante un dispositivo en el que alterna la corriente en el modo de imprimir a cada una un determinado movimiento oscilatorio.

El nuevo sistema evitará el peligro permanente que corre el campanario y llevará además en el balance de la Reverenda Junta de la Fábrica, una economía no indiferente.

Efectivamente en San Pedro no existirá el oficio de campanero.

Este oficio no dejaba de ser laborioso, especialmente con ocasión de la fiesta patronal de San Pedro. En tal festividad, por antigua costumbre, la campana de la Basílica debiera sonar una hora tres veces al día, por la mañana, por el medio día y por la tarde, durante la semana anterior a tal fiesta.

Los que tenían ese cargo habían de ser jóvenes robustos. Con la aplicación del sistema eléctrico no será necesario gastar fuerzas ni siquiera subir al campanario. Bastará poner en juego unos pequeños interruptores.